

¿Puede la clase obrera tener un proyecto europeo?*

Cédric Durand

■ La crisis político-financiera de Europa rebrotó espectacularmente el 27 de mayo de 2018 con la negativa del presidente de la República italiana a convalidar el gobierno de coalición entre la Liga, un partido de extrema derecha, y el populista Movimiento Cinco Estrellas. Al rechazar ese tándem poco agradable, Sergio Mattarella no se amparó en los valores humanistas de Europa ni invocó el peligro que se cierne sobre los casi 500.000 indocumentados que el programa común de gobierno promete expulsar de inmediato.

Después de hablar por teléfono con el presidente del Banco Central Europeo, Mario Draghi, el presidente italiano consideró que el gobierno propuesto suponía el riesgo de “provocar la salida de Italia del euro”. En efecto, aunque esta opción no está contemplada en el acuerdo de coalición, fue la figura del ministro de Economía previsto, Paolo Savona, un crítico de la arquitectura de la moneda única y de la hegemonía económica de Alemania, la que suscitó el veto presidencial. Para asegurarse que los mercados financieros entendieran bien el mensaje, Mattarella confió entonces a un exalto responsable del FMI, Carlo Cottarelli, la tarea de formar un nuevo gobierno, con lo que, sin embargo, no hizo más que intensificar la crisis política.

Finalmente se reanudaron las negociaciones y el jueves 31 de mayo la Liga y el Movimiento Cinco Estrellas propusieron otro gobierno, esta vez aceptado por el presidente de la República, con el nombramiento para el Ministerio de Economía de un asiduo de los gabinetes ministeriales, Giovanni Tria, y la entrada en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Enzo Moavero Milanesi, exministro y exalto funcionario europeo próximo a Mario Monti.

Conviene detenerse un instante en las peripecias de esos días, ya que su concatenación y su densidad son muy reveladoras. El 29 de mayo, el gobernador del Banco Central Italiano, Ignazio Visco, abandona su silencio y advierte contra el peligro inminente:

“Las reglas del juego pueden debatirse, incluso criticarse; sin duda pueden mejorarse. (...) Pero no podemos ignorar los imperativos constitucionales: proteger el ahorro, equilibrar las cuentas y respetar los tratados”.

*Este artículo es una versión reducida del artículo publicado por el autor en <http://www.contretemps.eu/proletaires-europe-durand/>, cuya versión completa está disponible en: <http://www.vientosur.info/spip.php?article14023>

Y al constatar que Italia solo estaba “a unos pocos pasitos de perder ese activo insustituible que es la

1. EL DESORDEN GLOBAL

confianza”, este diletante de la democracia que ha conectado el piloto automático provocó un comienzo de tempestad financiera: los tipos de interés de la deuda pública italiana subieron rápidamente y los diferentes sectores del sistema financiero mundial se pusieron en modo pánico **1/**.

“Los mercados financieros enseñarán a los italianos a votar como es debido” **2/**.

La franqueza de esta declaración de Günther Oettinger, comisario europeo de Presupuesto, del pasado 29 de mayo, provocó una serie de reacciones apuradas de sus colegas de la Comisión y una rectificación poco convincente, pero no deja de expresar el fondo político que prevalece en Bruselas y en las grandes capitales europeas: la democracia ha de ceder ante las evaluaciones de los mercados financieros y, si hace falta, las instituciones de la Unión y los gobiernos vecinos están ahí para ayudar a suspender los procedimientos políticos de rigor a fin de garantizarlo.

¿Qué hacer con Europa?

En el seno de la izquierda que preconiza la transformación social la cuestión europea da pie a una gran confusión estratégica. Desde la extrema izquierda hasta los keynesianos socialdemócratas, pasando por los partidos comunistas y sus herederos, todas las sensibilidades están divididas entre quienes, si bien rechazan la austeridad y las políticas liberalizadoras, no ven ningún futuro fuera de un cambio social y democrático europeo y quienes piensan que ninguna política de justicia social podrá evitar una retirada parcial o completa de las instituciones europeas, empezando por la salida del euro. Esta fractura en el seno de dichas corrientes políticas se manifiesta de modo distinto en cada país.

El contencioso europeo es antiguo y de gran calado. Desde la década de 1960, la cuestión de la integración europea constituye una línea roja innegociable para los partidos socialistas en las estrategias de unión de la izquierda. En 1983, fiel a esta orientación, François Mitterrand, animado por Jacques Delors, su ministro de Hacienda y futuro presidente de la Comisión Europea, decidió alinearse con el *zeitgeist* neoliberal precisamente en nombre de la idea europea.

Treinta años después, por el juego de las complementariedades institucionales, las reformas estructurales constitutivas de la integración han pasado de los mercados de productos y del sector financiero a la relación salarial, pisoteando las expectativas del corazón popular del electorado de izquierda en

1/ James Politi y Kate Allen, “Global Financial Markets Buffeted by Italy’s Political Crisis”, *Financial Times*, 29/05/2018; James Politi, “Bank of Italy’s Visco Warns Urgent Risk of Losing ‘Asset Trust’”, *Financial Times*, 29/05/2018.

2/ Claire Tervé, “Les marchés vont-ils ‘apprendre aux Italiens’ à voter? La phrase de ce commissaire européen indigne”, *Le Huffington Post*, 29/05/2018.

términos de empleo, protección social y servicios públicos. Mientras que la socialdemocracia, víctima de la pasokización tendencial, se apaga en sus derivas derechistas, la izquierda radical se ve atrapada a su vez en el mismo dilema: al negarse a transigir con respecto a la integración europea, Syriza capituló cuando sonó la hora de elegir entre permanecer en la Unión Económica y Monetaria o romper con las políticas de la Troika.

Esta contaminación del fracaso ilustra una tensión irresuelta entre el compromiso internacionalista europeo y la política de transformación social que, ambos, forman parte de la identidad de la izquierda.

La integración que viene

La violenta sacudida socioeconómica producida inicialmente por la llamada crisis de las subprimas en EE UU se propagó por el Viejo Continente con una virulencia inesperada, convirtiéndose en una crisis bancaria asociada a una crisis de las deudas soberanas en los años 2012-2015. Esa sorpresa desagradable reveló las fallas que socavan desde el interior el edificio de la Unión Económica y Monetaria debido a su carácter inacabado. De este modo, en los últimos años, los dirigentes políticos del continente se han visto atenazados entre la necesidad de consolidar la arquitectura creada, por un lado, y las oposiciones sociales y políticas procedentes de la derecha y la izquierda, por otro, cuya hostilidad a la UE se ha radicalizado ante el evidente fracaso económico y social.

Al mismo tiempo, esta crisis y los planes de ayuda financiera que la han acompañado han permitido acelerar las reformas estructurales neoliberales, particularmente en el sur de Europa, lo que sin duda constituye una victoria desde el punto de vista del capital, pero a costa de comprometer gravemente el europeísmo de las poblaciones. En conjunto, la integración ha avanzado más por la vía del remiendo y la chapuza que por la de la profundización positiva. Una de las bazas de la elección a la presidencia francesa de Macron fue precisamente la de relanzar la integración en plan voluntarista y no en el de meros arreglos técnicos. Más allá de los efectos triunfalistas, el orden del día sigue siendo el del endurecimiento de un sistema autoritario al servicio del programa neoliberal.

Un soplo de eurooptimismo

Con su victoria en la elección presidencial francesa, Macron pretende encarnar el retorno del voluntarismo europeo. El compromiso que ambiciona para refundar el eje francoalemán y, a partir del mismo, recuperar un proyecto fragilizado por las turbulencias del último decenio, se basa en tres elementos: un gran salto adelante neoliberal en Francia, la reafirmación de una hegemonía francoalemana compartida y un impulso eminentemente político de la integración.

El joven presidente está decidido a atacar de frente las conquistas sociales que singularizan a Francia. Después de haber flexibilizado a fondo el derecho laboral a partir del verano de 2017, emprende reformas

1. EL DESORDEN GLOBAL

radicales que afectan al seguro de desempleo, la formación profesional, la enseñanza superior, la compañía nacional de ferrocarriles (SNCF), la función pública y la seguridad social.

A este propósito de liquidar la excepcional resiliencia del Estado social en Francia, Macron añade la recuperación del activismo en el plano internacional, cuyos contornos dibujó en un discurso programático pronunciado el 26 de septiembre de 2017 en la Sorbona.

Titulado *Por una Europa soberana, unida y democrática* 3/, el proyecto comienza proponiendo un acercamiento en el terreno de las políticas de Estado –política exterior, defensa, lucha contra el terrorismo–, aderezado con una pizca de europeización de la práctica democrática con la propuesta de listas transnacionales para las elecciones europeas de 2019. En el terreno económico se asume la perspectiva de un presupuesto común dotado de ingresos fiscales propios, de un ministro encargado de ejecutarlo y de un control parlamentario, al tiempo que se esbozan los ejes de una política industrial en el ámbito de las TIC y de la movilidad eléctrica. Finalmente se afirma la necesidad de una convergencia social y fiscal, mediante la creación de un margen de tipos fiscales para el impuesto de sociedades, y la generalización de salarios mínimos diferenciados. Al proponer que se condicione el acceso a los fondos estructurales y sociales europeos a criterios de convergencia fiscal y social, prevé incluso un mecanismo coercitivo capaz de doblegar a los pequeños países recalcitrantes. Este es sin duda el aspecto más significativo, que refleja la voluntad de limitar las posibilidades de competencia fiscal y reglamentaria en el interior de la Unión.

¿Conseguirá volver a dinamizar el proceso de integración? En la primavera de 2018 ya está claro que no hay un gran salto adelante. El Parlamento Europeo ha rechazado la idea de las listas transeuropeas y la derecha alemana sigue diciendo que no: no a un presupuesto europeo sustancial, no a la emisión de eurobonos, no a una garantía europea de depósitos bancarios, no a la transformación del mecanismo de estabilidad europeo en un fondo monetario europeo con mayores poderes, no a un ministro de Hacienda europeo 4/.

Si no va a haber ningún avance susceptible para reforzar sustancialmente la resiliencia económica de la zona del euro, tampoco se producirá una reorientación cualitativa del proyecto europeo.

Un sistema de autoridad sesgado

Las principales etapas [del programa de integración] anunciadas contemplan la plena realización de la unión de mercados de capitales de aquí

3/ Presidencia de la República, *Initiative pour l'Europe – Discours d'Emmanuel Macron pour une Europe souveraine, unie, démocratique*, www.elysee.fr, consultada el 21/11/2017.

4/ Guy Chazan, “Angela Merkel Warns France and Germany Differ on Eurozone Reform”, *Financial Times*, 19/04/2018, <https://www.ft.com/content/692d2868-43c9-11e8-93cf-67ac3a6482fd>.

a 2019, en particular con la creación de una supervisión europea de los mercados financieros, uno de cuyos objetivos es favorecer la titulización de los créditos para mejorar la financiación de la economía. El otro aspecto importante se refiere a la unión bancaria, cuya realización dará lugar a la institución de un fondo común de garantía de depósitos que contribuya a desacoplar los bancos nacionales de las finanzas públicas de cada país y a romper el maldito bucle de autorrefuerzo entre crisis bancarias y crisis de las deudas públicas **5/**.

Las reformas estructurales y los ajustes presupuestarios impuestos al amparo de los memorandos y que todavía no son más que recomendaciones en el marco del semestre europeo, se generalizarían y pasarían a tener un carácter obligatorio. Esta coordinación económica punitiva es el precio a pagar mientras no se plantee la creación de un sustancial presupuesto europeo **6/**.

Los principales avances desde el punto de vista de las finanzas y de la coordinación de los ajustes competitivos sacan a la superficie con más visibilidad la indigencia de la Europa social. Después de decenas de cumbres dedicadas a la estabilidad financiera, en noviembre de 2017 se reunió en Gotemburgo, Suecia, una cumbre de jefes de Estado y de gobierno de la Unión Europea centrada en las cuestiones sociales. Si bien dicha cumbre reintrodujo una temática completamente ausente de las prioridades europeas en la agenda, para la Confederación Europea de Sindicatos, se trata más bien de un umbral mínimo de decencia **7/** y, en realidad, de declaraciones de intención sin consecuencias.

Peor aún, la dinámica de la integración tiende a debilitar las garantías que subsisten en el plano nacional. ¿Por qué la lógica neoliberal y la construcción europea parecen estar tan estrechamente imbricadas? ¿En qué condiciones es posible disociarlas? Solo si responde a estas preguntas la izquierda puede retomar la iniciativa en Europa.

Miseria del *escalarismo*

Por *escalarismo* se entiende la idea de que la transferencia de determinados atributos del Estado de la escala nacional a una escala más amplia –a la sazón la escala europea– supondría de un modo intrínseco un avance hacia la emancipación humana. Convertida en brújula política de numerosos partidos y movimientos del Viejo Continente, esta lectura no es ni mucho menos convincente e incluso puede resultar peligrosa, como indican a todas luces los avances de la integración que acabamos de examinar.

5/ Nicolas Veron, *Sovereign Concentration Charges: A New Regime for Banks' Sovereign Exposures* | Bruegel, consultada el 22/11/2017. En realidad, mientras no haya un acuerdo político para asumir la posibilidad de transferencias, es decir, una verdadera soberanía

compartida, la situación es inextricable.

6/ Xavier Ragot, "Coordonner les budgets en zone euro", *Commentaire Numéro* 155, n.º 3 (2016): 513-516.

7/ Esther Lynch, "Gothenburg – Hot Air or a Real Deal?", *Euractiv.Com* (blog), 15/11/2017.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Sin duda es importante plantear la cuestión de las escalas políticas. El tamaño cuenta y la ampliación del espacio político tiene sus ventajas, como por ejemplo la mutualización de los riesgos en los sistemas de protección social, una reglamentación macroambiental más eficaz, una mejora del poder de negociación en el escenario internacional y también ventajas de especialización asociadas a mercados más vastos. Sin embargo, estas ventajas de escala deben examinarse a la luz de las dinámicas sociopolíticas que las sustentan.

El principal escollo del *escalarismo* es hacer como si fuera posible apreciar la integración continental sin tener en cuenta las transformaciones del terreno social y político que la acompañan y metamorfosean las capacidades de intervención de los diferentes agentes sociales. Para discernir las posibilidades estratégicas de transformación de la UE hay que tener en cuenta absolutamente dos elementos: por un lado, las implicaciones de la alteración de la jerarquía institucional de las cuestiones prioritarias que ha venido de la mano de la integración y, por otro, los obstáculos existentes para un ascenso simultáneo de las fuerzas de izquierda a escala del continente.

Geopolítica de la desposesión

En 1989, en vísperas de la entrada en vigor del mercado único, el comisario europeo encargado del mercado interior y los asuntos industriales, Martin Bangemann, subrayó que “ningún lugar del mundo ha conocido una experiencia tan radical de liberación de las fuerzas del mercado” ^{8/}.

Al comienzo de la década de 2000, el economista regulacionista Robert Boyer propuso una interpretación de aquella gran maniobra institucional. La plena realización del mercado único y posteriormente la creación del euro comportaron una inversión completa de la jerarquía de las formas estructurales en comparación con la posguerra: allí donde el compromiso salarial entre patronal y sindicatos ocupaba el primer plano, la preeminencia se desplazó primero a la competencia, con el mercado único y la liberalización del comercio internacional, negociada en nombre del conjunto de países europeos desde Bruselas y después, a las cuestiones monetarias y financieras con la plena liberalización de la circulación de capitales y la preparación de la moneda única.

Esta inversión de la jerarquía del trabajo a la competencia y finalmente a las finanzas tiene importantes consecuencias. Ahora es la relación salarial la que tiene que adaptarse a los imperativos de la competencia internacional (la competitividad) y de la estabilidad financiera (baja inflación, valorización financiera). Todo lo contrario de lo que las exigencias de la reconstrucción y la fuerza del movimiento obrero habían impuesto desde la década de 1950 hasta la de 1970.

^{8/} 1992: *A radical Experiment Unleashing Free Market Forces*, Summary of Speech Delivered by Mr. Bangemann, Tokio, 26/05/1989.

Ante este carácter desequilibrado de la integración europea, la idea de construir una Europa so-

cial movilizó con fuerza al centroizquierda. Ahora bien, este horizonte de integración social positiva es rechazado continuamente por razones que van más allá de la falta de voluntad de los dirigentes políticos socialdemócratas. A partir de los principios de libre competencia, estabilidad de precios y política presupuestaria restrictiva consagrados en los tratados, el Tribunal de Justicia de la UE, la Comisión y, en cierta medida, el BCE pueden innovar, actuar y exigir ajustes por parte de los diferentes Estados miembros con respecto a sus políticas sociales e industriales y las

“La Europa social es una esperanza frustrada a menudo ante unas reglas de juego que no le dejan resquicio alguno”

funciones de servicio público; en cambio, la definición de nuevos derechos sociales o de objetivos de política industrial a escala europea exige un acuerdo intergubernamental extremadamente difícil de conseguir. Esta asimetría entre el dinamismo de la integración negativa y el letargo de la integración positiva es la razón fundamental por

la que las expectativas de una reorientación mínimamente sustancial de la construcción europea en detrimento de los preceptos neoliberales están condenadas eternamente al fracaso (Scharpf, 2010, 2015).

La Europa social es una quimera, una esperanza frustrada a menudo ante unas reglas de juego que no le dejan resquicio alguno. Mario Draghi pudo declarar sin ambages al *Wall Street Journal* en 2012: “El modelo social europeo ya está muerto” 9/.

Al precio de un desempleo masivo persistente, las reformas estructurales constituyen el único medio de hacer frente a los imperativos de orden superior que representan la competitividad y la estabilidad financiera. El proceso de integración aparece así como una verdadera geopolítica de la desposesión, un potente movimiento que captura los afectos internacionalistas de poblaciones que aspiran a un acercamiento entre los pueblos, y redirige esta energía política contra estos últimos en forma de recortes de las protecciones sociales y de los servicios públicos, cerrando la puerta institucionalmente, al mismo tiempo, a cualquier posibilidad de un contraataque democrático.

Geoeconomía de la fragmentación

La ausencia de agarraderos institucionales paraliza la acción sindical y tapona el horizonte político a escala europea. La coordinación de la defensa de los intereses de los asalariados frente a su empleador más allá de las fronteras nacionales muestra a veces cierta eficacia, en particular a través de los comités de grupo europeo instituidos en algunas grandes

9/ “Q&A: ECB President Mario Draghi”, *The Wall Street Journal*, 23/02/2017.

empresas (Wagner, 2005). En cambio, con respecto a las políticas pro-

1. EL DESORDEN GLOBAL

piamente dichas, las manifestaciones organizadas por la Confederación Europea de Sindicatos no han tenido más efectos que las movilizaciones de los foros sociales en la década de 2000. ¿Podría superarse este bloqueo mediante movilizaciones o victorias políticas suficientemente sincronizadas para permitir una democratización de la UE y una alteración de la jerarquía institucional? Esta es la apuesta que prevalece en gran parte de la izquierda.

Por desgracia, aunque no cabe descartarlas con absoluta seguridad, las posibilidades de éxito de una victoria política o social a escala directamente europea parecen nimias. La ausencia de perspectiva política europea, las diferencias lingüísticas y culturales, la inexistencia de medios con una audiencia verdaderamente europea –con la excepción del *Financial Times*...– son causas acumulativas que dificultan toda forma de presión popular que se manifieste conjuntamente a escala continental.

Por si estos obstáculos no fueran suficientemente importantes, hay que añadir una dinámica geoeconómica derivada de la integración que, lejos de acercar a los trabajadores de los distintos países, tiende a desincronizar las subjetividades de clase.

Además de esta fragmentación del mundo del trabajo según divisorias nacionales dentro del espacio social europeo, la desincronización de los ritmos socioeconómicos merma un poco más las posibilidades de acción colectiva a escala del conjunto de la Unión. En efecto, la moneda única y la integración de los países de Europa Central impulsaron una dinámica sumamente desequilibrada en la década de 2000. Los países de Europa Central lograron una recuperación industrial gracias a su integración en cadenas de valor industriales gobernadas principalmente desde Alemania, lo que permitió un aumento rápido de los salarios, que inicialmente eran muy bajos. A su vez, Alemania consiguió incrementar sustancialmente su competitividad.

Al mismo tiempo, los países de la periferia del sur de Europa experimentaron una expansión engañosa derivada de la abundancia de flujos financieros; la actividad en el sector de productos y servicios no intercambiables vino estimulada por el endeudamiento, lo que dio lugar a un aumento del empleo y de los salarios y a la preservación de la protección social ^{10/}. Con la crisis de 2008 y sus réplicas europeas, esta dinámica se frenó completamente. Los países de la llamada periferia del sur de Europa (en la que se incluye Irlanda) conocieron una recesión prolongada y una degradación de sus indicadores sociales, mientras que Alemania experimentó una rápida recuperación que, esta vez, benefició a la clase trabajadora y permitió a los países centroeuropeos mantener su dinamismo, aunque a un ritmo menor.

^{10/} Engelbert Stockhammer, Cédric Durand y Ludwig List, “European growth models and working class restructuring. An International post-Keynesian Political Economy perspective”, *Environment and Planning A*, 03/05/2016.

Estas trayectorias contradictorias, que se derivan en gran medida de las interacciones económicas entre las diferentes regiones, se

traducen en flagrantes divergencias cuando se observa la evolución de los salarios, del gasto público en protección social y de la tasa de sindicación.

Cuadro 1: Evolución de los salarios, de la protección social y de la tasa de sindicación en diferentes regiones europeas (2000-2008)

	CENTRO	SUR	ESTE
	Alemania	España, Grecia, Irlanda, Italia, Portugal (promedio)	Chequia, Hungría, Polonia, Eslovaquia, Eslovenia (promedio)
Salarios reales (variación en %)	1,80	9,10	28,20
Protección social (variación del gasto público en % del PIB)	-1,20	3,70	-0,45
Sindicación (variación en % de trabajadores asalariados)	-5,60	-1,40	-9,5

Fuente: OCDE.

Ahora bien, si observamos el periodo posterior a 2008 (cuadro 2), se trata de años de vacas gordas para los trabajadores alemanes, con una notable progresión de los salarios (+9,7%), una práctica estabilidad de la protección social y una desaceleración de la caída de la tasa de sindicación. En cambio, las cosas se deterioran fuertemente para los trabajadores de las periferias.

Cuadro 2: Evolución de los salarios, de la protección social y de la tasa de sindicación en diferentes regiones europeas (2009-2016)

	CENTRO	SUR	ESTE
	Alemania	España, Grecia, Irlanda, Italia, Portugal (promedio)	Chequia, Hungría, Polonia, Eslovaquia, Eslovenia (promedio)
Salarios reales (variación en %)	9,70	-6,39	8,70
Protección social (variación del gasto público en % del PIB)	-0,20	-0,60	-0,80
Sindicación (variación en % de trabajadores asalariados)	-1,80	-1,60	-4,40

Fuente: OCDE.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Este análisis, que deja de lado países que se hallan en una situación intermedia, como Francia y otros países del norte de Europa, es muy esquemático, pero permite subrayar un aspecto fundamental: existen razones materiales elementales que explican la dificultad para erigir a los trabajadores asalariados en sujeto político a escala europea.

Los ritmos socioeconómicos discordantes dificultan enormemente la emergencia de un movimiento social europeo o de un ciclo de victorias electorales suficientemente cercanas en el tiempo que permitieran impulsar una acción política decisiva a escala continental.

Retroceder para coger carrerilla

Si la plausibilidad de una reorientación de la construcción europea mediante el juego normal de las instituciones parece casi nula,

“Los ritmos socioeconómicos discordantes dificultan enormemente la emergencia de un movimiento social europeo”

las posibilidades de una insurrección democrática o de un movimiento social a escala europea apenas son mayores. En este contexto, el reto estratégico para la izquierda consiste en articular un proyecto de transformación social que integre la dimen-

sión europea teniendo en cuenta las ambivalencias de su base social putativa **11/**.

Esta orientación debe ser capaz, por un lado, de movilizar los afectos de clase hostiles a las instituciones de la UE en la medida en que encarnan la profundización del neoliberalismo y, por otro lado, preservar al mismo tiempo las aspiraciones a un desarrollo de las solidaridades políticas por encima de las fronteras nacionales a partir de la experiencia de Europa, tal como se ha construido. Se trata, por tanto, de conciliar expectativas divergentes para dar una oportunidad a la formación de un bloque social de izquierda capaz, al mismo tiempo, de dominar un espacio nacional y de proyectarse como designio supranacional a escala continental.

Esta estrategia puede pensarse a modo de desintegración/reintegración selectiva que conserve el marco europeo y proponga un programa concreto de desarme del neoliberalismo en Europa. El núcleo duro del problema concierne a la moneda única. Plantear su abandono es, en efecto, una condición necesaria para emprender una política de transformación eco-

11/ Stefano Palombarini, “Face à Macron, la gauche ou le populisme?”, *Club de Mediapart*, consultada el 06/12/2017.

lógica y social. Esbozaré por tanto las condiciones de sostenibilidad económica y política.

Desintegración/reintegración selectiva

El contenido concreto del proceso político que hay que concebir depende, por supuesto, de las situaciones nacionales. Sin embargo, es fundamental que la izquierda europea elabore un discurso común, capaz de reforzar recíprocamente las posiciones de unos y otros.

Esta estrategia pasa, en primer lugar, por una retrogradación de las cuestiones financieras y comerciales con el fin de interrumpir el proceso de integración negativa, que erosiona inexorablemente los derechos sociales y merma las capacidades de iniciativa pública. Una implicación inmediata de este primer principio concierne a la moneda. En efecto, la movilización del poder monetario forma parte de los atributos indispensables de una política económica alternativa.

A la inversa, sin control sobre la emisión de moneda, un país cuya deuda pública se ve atacada se halla a merced de los mercados financieros y del BCE, como ilustraron los casos de Grecia y, también, de Irlanda y de Chipre con motivo de la crisis del euro. Es inimaginable que una política de izquierda mínimamente audaz pueda obtener algún éxito sin control de la emisión monetaria.

Otro aspecto se refiere a la libertad de circulación de capitales, que otorga a los mercados financieros un poder permanente de sancionar a los gobiernos que les son hostiles, y a las reglas del mercado único, que en nombre del principio de la competencia libre y no falseada ponen trabas a una política industrial vertical, la única que permite desarrollar las capacidades productivas y las grandes innovaciones que precisa nuestra época. Finalmente, también habría que poner sobre el tapete el principio de que las normas sociales, medioambientales, fiscales o sanitarias adoptadas en el plano nacional no deben estar subordinadas al derecho comercial y de la competencia que se ha acumulado en el plano europeo.

El segundo elemento de esta estrategia, que deberá ponerse en práctica simultáneamente, consiste en mantener –e incluso tratar de reforzar– factores de integración que no se derivan directamente de la subordinación a la lógica del capital: es el caso, en particular, del ámbito medioambiental, en el que las reglamentaciones europeas se sitúan a menudo por delante de los derechos nacionales –y pueden servir, en todo caso, de base mínima–, o también en el terreno de las colaboraciones científicas, universitarias y culturales, donde los programas contribuyen a la formación de una comunidad intelectual transnacional a escala del continente. Al mismo tiempo, la vertiente de la reintegración selectiva podría nutrirse de la mutualización de sectores enteros de la protección social, en que las economías de escala son importantes –seguro de desempleo, sistema sanitario...–, o de la aplicación de instrumentos de planificación de la transición a una economía descarbonizada. Se trata, en suma, de activar dispositivos que permitan alinear la dinámica de integración con políticas que afecten directa y positivamente a las condiciones de vida de la población.

1. EL DESORDEN GLOBAL

La posibilidad de abandonar la moneda única

Más allá de este principio general de articulación de una democracia europea de múltiples niveles, la cuestión que suscita más inquietud es la del abandono o la disolución de la moneda única. Las objeciones formuladas son principalmente de tres órdenes: en primer lugar, los costes de la transición de la moneda única a la moneda nueva; en segundo lugar, los efectos de los reajustes de cambio de las relaciones comerciales entre los países; en tercer lugar, las inquietudes en torno a la estabilidad financiera a raíz de los efectos de balance de un cambio de moneda para la solvencia de los agentes.

Este tercer punto es sin duda el que peor se entiende, pero tiene fuertes implicaciones políticas. La objeción al abandono de la zona del euro es la siguiente: una redenominación de la moneda implica, para los agentes de los países cuya nueva moneda será devaluada con respecto al euro, que sus pasivos en moneda extranjera tenderían a sobrevalorarse en comparación con sus activos en moneda nacional, fragilizando así su posición financiera. Este razonamiento es exacto, pero también incompleto porque al mismo tiempo los agentes de los países cuya moneda va a apreciarse también verían cómo se deteriora su balance, pues sus activos en moneda extranjera tenderían a depreciarse con respecto a sus pasivos expresados en moneda nacional.

Un examen bastante técnico del problema permite mostrar alguna que otra cosa inesperada (Durand y Villemot, 2016): en caso de disolución de la zona del euro, los principales perdedores serían Alemania, Austria y, en una proporción todavía mayor, los paraísos fiscales europeos (Países Bajos, Luxemburgo), el balance de cuyos agentes se degradaría. En esta hipótesis, Portugal, pero sobre todo Grecia, verían desbordarse su deuda pública, lo que no dejaría de conducir a una reestructuración, que de todos modos es deseable. Por lo demás, los sectores privados financieros y no financieros de estas dos economías y del conjunto de los demás países verían mejorar, en cambio, su posición.

El riesgo principal vendría entonces de los movimientos brutales de fuga de capitales, que podrían provocar una crisis de tipos de cambio. Para evitar esta evolución será indispensable adoptar medidas preventivas, empezando por el restablecimiento de los controles de capitales y la apertura de líneas de crédito de urgencia para las empresas que tuvieran que hacer frente a dificultades temporales para financiar sus importaciones.

En todo caso, lo fundamental es que los ajustes de los tipos de cambio no sean excesivamente brutales. En este punto se aprecia toda la importancia política de los elementos aportados sobre los efectos de balance: las interdependencias financieras y los riesgos de pérdidas de balance resultantes por parte de los países centrales constituirían una incitación extremadamente fuerte a colaborar a fin de evitar que su tipo de cambio se aprecie demasiado. Cualquiera que sea la configuración monetaria

adoptada a continuación –disolución simple de la zona del euro, salida de un solo país, segregación en un euro del norte y un euro del sur, creación de una moneda común para los intercambios internacionales, etc. (Stiglitz, 2016; Maziery y Petit, 2013)–, todas las partes afectadas estarían sumamente interesadas en colaborar y, por tanto, en mandar a su banco central para que interviniera de manera concertada a fin de evitar que los tipos de cambio variaran excesivamente.

Recuperar la posibilidad de devaluar su moneda sería particularmente importante para el desarrollo de los países de la periferia, pues es la condición de una diversificación productiva. He aquí un argumento que va más allá de la simple lógica económica. El euro actual, como el patrón oro antes de la Segunda Guerra Mundial, tiene efectos uniformizadores muy fuertes en las condiciones en que operan las economías, lo que acentúa drásticamente la hegemonía de la potencia industrial dominante; a la inversa, como ya lo percibió Karl Polanyi en 1944 (2007), las devaluaciones favorecen la preservación de cierta diversidad de las estructuras productivas, al permitir la supervivencia de arreglos socioeconómicos menos eficientes en el instante T, pero que constituyen recursos de sociodiversidad y amplían las potenciales vías de evolución (Streeck, 2014: 448-453).

Conclusión

En este texto se propone un método. Para tratar la cuestión europea, la izquierda debería renunciar a los espejismos *escalaristas* y partir más bien de las oportunidades sociales y políticas que ofrece el entramado institucional y económico europeo existente.

Privada de derechos sociales europeos, incapaz de intervenir social y políticamente a escala continental, la clase obrera no tiene un proyecto europeo. Si no se producen sacudidas financieras o políticas de calado que alteren la coyuntura, las próximas etapas conocidas de la integración europea endurecerán todavía más el carácter disciplinario de los modos de ajuste macroeconómicos impuestos por la necesidad de estabilizar una moneda única carente de presupuesto, mientras que los frenos previstos a la competencia fiscal y social o, lo que es más, los proyectos de seguro de desempleo europeo no dejan de ser hipotéticos y cosméticos.

Las políticas neoliberales son consustanciales a la Unión Europea, lo que obliga a las organizaciones políticas y sociales de la izquierda a encontrar vías que permitan reactivar un designio emancipador e internacionalista, a pesar de las formas adoptadas por la integración pasada. Entre la simple rendición en nombre del ideal europeo y un euroescepticismo desmedrado sobre un repliegue nacionalista, existe una vía angosta, la de un proyecto de desintegración/reintegración selectiva.

En esta perspectiva, la suerte de la moneda única es crucial, debido a su sesgo deflacionista, el carácter unilateral de los ajustes que impone y la consiguiente reducción de la diversidad de los sistemas socioproductivos.

1. EL DESORDEN GLOBAL

Por tanto, la izquierda ha de asumir la posibilidad de la salida del euro, de su disolución o, preferentemente, de la transformación del mismo en una moneda común. En el buen entendido de que no se trata de un objetivo en sí, sino más bien de un medio para recuperar el protagonismo del programa político.

Cédric Durand es profesor de Economía en la *École des Hautes Études en Sciences Sociales*. Es autor de, entre otras obras, *El capital ficticio* (Ned Ediciones, 2018)

Traducción: **viento sur**

Referencias

- Boyer, R. (2000) “The Unanticipated Fallout of European Monetary Union: The Political and Institutional Deficits of the Euro”, en Crouch C. (ed.), *After the Euro*, Oxford, Oxford University Press.
- Durand, C. y Villemot, S. (2016) “Balance Sheets after the EMU: an Assessment of the Redenomination Risk”, *Documents de Travail de l’OFCE*.
- Maziery, J. y Petit, P. (2013) “In search of sustainable paths for the eurozone in the troubled post-2008 world”, *Cambridge Journal of Economics*, 37, 3, 513-532.
- Polanyi, K. (2007) *La Gran Transformación. Crítica del liberalismo económico*. Buenos Aires: Quipu Editorial.
- Scharpf, F.W. (2010) “The asymmetry of European integration, or why the EU cannot be a ‘social market economy’”, *Socio-economic review*, 8, 2, pp. 211-250.
- Scharpf, F.W. (2015) “After the crash: A perspective on multilevel European democracy”, *European Law Journal*, 21, 3, pp. 384-405.
- Stiglitz, J.E. (2016) *The euro: How a common currency threatens the future of Europe*, WW Norton & Company.
- Streeck, W. (2014) *Buying time: the delayed crisis of democratic capitalism*. Brooklyn, New York: Verso.
- Wagner, A.C. (2005) “Vers une Europe syndicale: une enquête sur la confederation européenne des syndicats”, *Savoir/agir*, Bellecombe-en-Bauges, Croquant.